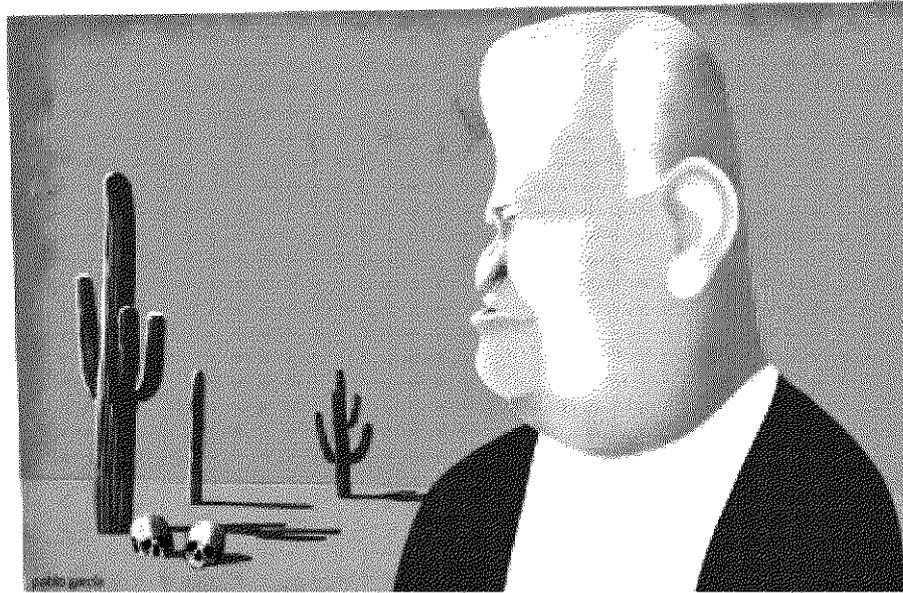




Bloc de notas
POR LUIS M. ALONSO


Las chelas y las cholos

El escritor mexicano Daniel Sada, un maestro del ritmo narrativo, imprime velocidad de corrido a sus cuentos

En México a las cervezas las llaman chelas, por rubias. El caso es que los sombrero de dos cárteles amigos que se reúnen para festejar descubren las tres cabezas decapitadas de tres rancheros escarbando en el trozadero de tres hieleras repletas de cervezas. Las cholos y las chelas, las cabezas y las cervezas. Menuda paradoja, escribe **Daniel Sada**, autor de una novela aclamada por la crítica, **Casi nunca**, y también de **Ese modo que colma**, el cuento sobre narcos al que me refiero en esta ocasión, de las cholos y las chelas, que da título a una colección editada ahora por **Jorge Herralde**.

Un cuento, decía **Chejov**, no importa cómo termina ni cómo comienza, sino cómo se maneja. Lo importante es el ritmo; evitar por todos los medios que el lector se distraiga y pierda interés por lo que está leyendo. A una novela interrumpida, en caso de desistir, le cabe una segunda oportunidad; volver sobre los pasos perdidos de un cuento no resulta tan habitual. Los relatos cortos de Daniel Sada (Mexicali, México, 1953) tienen la virtud del ritmo. Para el escritor norteno, el ritmo narrativo es lo que más se acerca a la música, que, a su juicio, es el arte por excelencia. Por eso, uno de los cuentos de **Ese modo que colma**, **El gusto por los bailes**, tiene la cadencia de un corrido, se lee de corrido y tiene una tentación de ponerle de acompañamiento el sonido de **Los Tigres del Norte**.

Frases cortas y relampagueantes, situaciones chispeantes y desenlaces inteligentes. El lenguaje es el gran recurso de este potentísimo escritor tragicómico llamado Daniel Sada, capaz de escribir una novela con octosílabos, al estilo de los romances, y atraer, al mismo tiempo, la atención del lector. En **Ese modo que colma**, el cuento que da título a la colección de Anagrama, los

membros de dos cárteles que mantienen buenas relaciones celebran un piri-piao en un área de casi mil metros cuadrados. Son poco más de cien personas con ganas de divertirse, cuenta Sada. «El olor a muerte apenas recontraído, tal-ludo quizás, destrozando límites tochos, cuechos, corrosivos...». Pero sigamos con el relato: «Y ahora si notemos lo agradable: amenizaba el piri-piao el grupo Los Rurales (su turno) con su música sentimentalona y restallante, misma a la que nadie ponía mucha atención debido al chunta-chanta guitarrero. Notemos, asimismo, lo concerniente al cuco piscolabis: las carmitas humeantes, mmm, y la rapidez de las mujeres comedidas. Las más zambas eran las que traían y llevaban, mientras que las que no hacían el latoso menester estaban sentadas comiendo con gracia y eran abrazadas por sombrero querendones a los que les apataba la boca. Primero las bebidas fueron puros refrescos de cola: Coca o Pepsi, según el gusto, pero poco después trajeron las Fanta, las Mirinda y los Orange Crush.

Muy poca diversidad, hay que decirlo» (páginas 168-169). Y después fue cuando trajeron las hieleras con las chelitas bien frías. Y por debajo del hielo surgieron las cabezas desmochadas de los rancheros. «El primer vato que fue por cuatro cervezas abrió una de las hieleras —y con tal de agenciarse las más frías— escarbó con, digamos, bonita desesperación en el trozadero de hielos, llevándose la sorpresa de su vida: es que halló mero abajo tres cabezas despeinadas; ¡tres decapitaciones increíblemente bien hechas! Tres: ¡sí!; tres, y la rima: cervezas cabezas; tal paradoja. El terror luminoso: expansivo, incluso, porque las caras muertas (más tirando a güerez que a morenez) eran de personajes conocidos por las gentes de aquí y las cercanías, tres fulacasados: rancheros, padres (también) jóvenes (¡chin!), de modo que sus esposas tenían que venir a ver lo que tanta gente ya estaba viendo». (página 169).

Junto al narco-relato de las tres cabezas on the rocks y el corrido de **Rosita Álvarez**, protagonista de **El gusto por los bailes**, el autor reúne en esta nueva colección otras nueve piezas cortas vibrantes y hasta bronceas, unidas bajo el común denominador de la buena ingeniería narrativa. Entre ellas, **Crónica de una necesidad**, la historia de un enfrentamiento entre dos familias vecinas, «los feos» y «los guapos»; **El diablo en una botella**, título de inspiración stevensoniana, sobre unos amigos que se reúnen en una cantina para jugar al dominó y beber cerveza, hasta que uno de ellos empieza a percibir la presencia del diablo. O la mordacidad de **Atrás queda lo disperso**, acerca de varias personas sumidas en la zozobra apenas empiezan a leer **El zafarrancho aquel de vía Merulana**, del neurótico **Carlo Emilio Gadda**. Como no podía ser de otra manera.



Ese modo que colma
Daniel Sada
Anagrama, 2010,
183 páginas,
15 euros

Frases cortas,
situaciones
chispeantes
y desenlaces
inteligentes